



> més entendre'm a mi mateix que a Ciceró. De l'experiència que tinc de mi, bé que trobe com fer-me'n savi, si fóra un bon alumne" (*Assaigs, III*, págs. 34 y 465). Montaigne se dedica a descubrirse a sí mismo. ¿Sigue a Maslow, autor de *El hombre autorrealizado*?

Montaigne, nacido Michel Eyquem, descendía de comerciantes gascones por parte paterna y de judíos ibéricos por parte materna (los Paçagon, en Zaragoza bautizados López de Villanueva y, ya en Francia, Louppes de Villeneuve). Montaigne inventó el ensayo personal, se inventó a sí mismo a base de capas de escritura e inventó el apellido de Montaigne, que nadie más volverá a usar. Porque Montaigne, en su *château* de Montaigne, se debía sentir Montaña, encumbrado en la torre circular en la que escribe: desde ella divisa la mayor parte de su hacienda, observa a los clásicos y parece también contemplarnos a nosotros. El *aire de familia* de Fuster y Pla con Montaigne que describe Vicent Alonso podría extenderse a muchos otros que se han sentido influidos por el señor de la montaña: Shakespeare y Emerson, Nietzsche y Zweig, Quevedo y Azorín, Gide y Orson Welles, Tarradellas y Mitterrand, Argullol y Vila-Matas. Pero Montaigne tiene también un aire de familia con los clásicos a los que cita y glosa y con los que parece vivir en continua conversación: Sófocles y Eurípides, Sócrates y Platón, Lucrecio y Horacio, Séneca y Plutarco. En su mediar entre los clásicos y nosotros Michel de Montaigne es también un puente (podría haber firmado Michel du Pont), un puente bajo el que fluye el río de la historia, que siempre cambia y siempre es el mismo, como atestigua la prosa de los *Essais*, tan fluida (pese a islotes latinos y ocasionales meandros) y tan del presente: del suyo y del nuestro. |

Vicent Alonso
(Godella, 1948) es poeta, ensayista y traductor al catalán de los 'Assaigs' de Montaigne editados por Proa. Su libro más reciente es 'Trajecte circular. Notes d'un dietari' (Bromera)

Montaigne, Fuster, Pla

Un aire de familia

VICENT ALONSO

En el prólogo a las *Obras completas* de Josep Pla, Joan Fuster afirma que el autor de *El quadern gris* pertenece "a la familia de los que decimos, de vez en cuando, *mi Montaigne*". No recuerdo si, en algún otro lugar de su extensa obra, Fuster amplía la nómina de ensayistas que reconocen en Montaigne a su fundador, pero la familia es, sin duda, más numerosa. El análisis de la recepción de Montaigne en la literatura catalana es un asunto todavía pendiente, que inexcusablemente debería tener en cuenta casos como el de Gaziel o el de Ramon Esquerra, por citar sólo dos ejemplos que son pelda-

efectividad ejemplar. Saltar desde una anotación de los diarios de Pla o de Fuster hasta cualquier momento de los *Essais* es un trayecto plácido. Pero es también, o debería ser, un motivo para señalar diferencias muy razonables y, a menudo, sustanciales. No hace mucho que Ferran Sáez, para dejar constancia de ciertas lecturas de los *Essais* no especializadas, nos ha recordado que ni Zweig ni Pla eran hermeneutas o historiadores de la filosofía. Sin duda, algo parecido podríamos afirmar de Joan Fuster. De hecho, ni él ni Pla se interesaron por llegar al fondo de los problemas de la tradición filosófica que Montaigne tuvo en

El aire de familia de los montaignianos es inconfundible: se opone de forma contundente a otras maneras de ver y escribir el mundo

ños insoslayables de la cadena de lectores de los *Essais*, o el del ensayista valenciano Josep Iborra, que ha escrito reflexiones de interés notable sobre los vínculos entre Montaigne y Fuster. Y no necesitaríamos hurgar demasiado en las obras de los autores catalanes que en los últimos años han practicado alguna de las formas del dietarismo (Formosa, Garí, Puig, Sòria, Villatoro...) para encontrar razones que justificarían su adscripción al grupo.

Pero es indiscutible que Pla y Fuster merecen un lugar destacado en esta familia: no sólo se han declarado fervientes lectores del creador del género, sino que han transmitido esta pasión con una

cuenta y que generaciones de estudiosos han analizado de manera obstinada y provechosa. Una razón más para que, al margen de una relación entre maestro y discípulos, se subraye solamente el aire de familia que los emparenta y que los lectores respiramos al leer sus escritos.

De hecho no es difícil esbozar los posibles paralelismos. Entre ellos, y sobre todo, una concepción del ensayo que Pla describe a menudo sin pretensiones ni abusos retóricos, mientras que Fuster, por su parte, trata en varios momentos de fijar categóricamente. En el prólogo de *Les originalitats*, por ejemplo: "El ensayo es eso, una probatura. Una probatu-

ra que ha tenido algún resultado positivo. En realidad, un capítulo del tratado que el autor lleva, en un proyecto implícito, dentro de sí. Con el tiempo, irá acabándolo. Cada línea que escriba será una nueva pieza que se ajustará con las anteriores. Una fuerte coherencia íntima lo ordenará todo. La obra -toda obra, la única obra- será la constancia más exacta de él mismo". Nadie pondría en duda las raíces montaignianas de esta manera de definir el género: fragmentos ordenados por una coherencia íntima. Pla habría suscrito plenamente estas mismas concreciones. Sin duda, el Yo como referente último es también un rasgo distintivo de este aire de familia y, a la vez, un ejemplo de los diferentes caminos a través de los cuales podemos llegar a los entresijos de los *Essais*. Porque el Yo de Montaigne ("je suis moy-mesmes la matiere de mon livre"), tantas veces citado en relación a la obra de Pla y de Fuster, no puede reducirse a la intimidad que el escritor muestra sin reticencias o que, por el contrario, esconde, pudoroso o impasible. El Yo de Montaigne tiene que ver también con la verdad, la que nadie posee de forma definitiva, pero que se refleja necesariamente ("Je ne peints pas l'estre. Je peint le passage: non un passage d'aage en autre, ou, comme dict le peuple, de sept en sept ans, mais de jour en jour, de minute en minute") en el camino que el ensayista recorre para intentar alcanzarla. Y de todo ello, tanto Josep Pla como Joan Fuster debieron sentirse cómplices.

A esta manera de hacer, con el Yo como referente último en tanto que debe dar cuenta del cambio constante de las cosas, sólo deberíamos añadirle una especie de colorario, ya que la realidad siempre cambiante de la que hablaba Montaigne es, según Pla, "la observación más cuidada que se ha escrito contra el fanatismo, la incompreensión, el dogmatismo, cada vez más dominantes", y es también el fundamento último del aspecto moral que Fuster contempló en su conocida apología del escepticismo: "el único correctivo viable del fanatismo y del embobamiento". En este territorio, el aire de familia de los montaignianos es inconfundible, porque se opone de forma contundente a otras maneras de ver el mundo y, en consecuencia, de escribirlo. Se trata de lo que Fuster, refiriéndose precisamente a su Montaigne, describía como divagar "al azar de un comentario o de una anécdota" frente a métodos que sólo admiten, en el difícil camino hacia la verdad, las ideas claras y distintas. Al fin y al cabo, la literatura siempre se ha sentido más a gusto entre quienes, lejos de la abstracción rigurosa, constatan la imposibilidad práctica de evitar la incertidumbre y la ambigüedad. |